

## DIVERSIDAD Y PLURALIDAD EN EL ESCENARIO DEPORTIVO\*

### Resumen

El artículo replantea las definiciones clásicas del deporte a partir del análisis de las transformaciones en el escenario deportivo contemporáneo, con especial referencia a los denominados "deportes extremos", deportes californianos y deportes ecológicos. Se pone de relieve el hecho que los deportes son cada vez más heterogéneos y sobre todo más variados internamente, lo que dificulta cualquier intento de conceptualización basado en criterios rígidos. El escenario deportivo constituye una fuente permanente de variedades culturales, quizá el principal imaginario de las alteridades posibles hoy en día, por lo cual: los deportes occidentales, tras un siglo de hegemonía, tienden a perder su hegemonía original. El nuevo escenario, tan rico en diferencias, será quizá más apto para la investigación etnográfica y para la comparación antropológica.

**Palabras clave:** antropología del deporte y del juego, escena deportiva, deportes extremos, deportes californianos, deportes ecológicos, deportes étnicos, diversidad, heterogeneidad y pluralización de los deportes, sincretismos deportivos, etnografía.

### Introducción

Las cosas no parecen estar del todo en su sitio dentro del escenario deportivo. Esta reflexión quiere desafiar a

todo aquel que quiera ofrecer una imagen homogénea del deporte, asumiéndolo como una categoría desconocida, convirtiéndolo en un campo estructurado por principios inoxidables ("los supremos ideales y valores del deporte"), mostrándolo como un fenómeno previsible, ya que está orientado en su desarrollo por tendencias ya identificadas. La hipótesis que querría someter a consideraciones es que hoy día los deportes son por encima de todo diversificados, en el sentido que su diversidad interior parece ser cada vez más visible y significativa que su homogeneidad. Ya no me parecen defendibles —si es que lo fueron algún día— los discursos unificadores, ni tampoco comparto la afirmaciones que encontramos escrita en un diccionario autorizado: "Deporte es un sustantivo que no hace falta traducir, porque se entiende perfectamente tanto en Australia como en Alaska como en la Patagonia. Es una palabra que si se traduce pierde gran parte de su eficacia" (Enrile 1977).

### Pensar las diferencias deportivas

Pero, ¿Cómo mostrar la debilidad de los discursos unificadores? ¿Cómo poner en evidencia la pluralización de las formas deportivas? ¿Cómo evitar caer en la trampa de una categoría *passe-partout*, consiguiendo pensar la efervescencia y la diferencia como dispositivos generadores internos en el universo de las prácticas deportivas? Hace falta posiblemente articular la reflexión en varios niveles, se-

ñalando la presencia de múltiples indicadores.

a) En primer lugar conviene recordar la imposibilidad de reducir el universo de las formas y de las prácticas deportivas a una única ideología de fondo. Como se ha hecho evidente en el curso de la historia de este siglo, se han alternado concepciones totalizadoras y antitéticas sin que ninguna ideología política del deporte consiguiera conquistar una hegemonía duradera (Hoberman, 1988). Me complace pensar que esto se ha debido no sólo a la creciente autoreferencialidad del deporte, característica de los fenómenos sociales totales que tienden a convertirse en ideología por sí mismos (Padiglione, 1994), sino también a la presencia de una pluralidad de deportes varios, como un gran parlamento democrático, que habría sido arduo someter a un común denominador ideológico. En otro lugar he subrayado que la efervescencia de la escena deportiva, capaz de producir acontecimientos-resultados a su vez previsible e inéditos, sería nula si no fuera amplificada por una continua polisemia. En el sí de la escena deportiva, de hecho, se enfrentan, sin que se llegue nunca a una resolución definitiva, valores y modelos interpretativos opuestos:

"En el deporte se puede ver una naturaleza humana orientada a un progreso ilimitado (el recuerdo) o los límites continuos con que se encuentra. Se puede atribuir el éxito deportivo a la cultura, a la educación, al entrenamiento, o al patrimonio genético, a la raza o a la naturaleza. Se puede ver en el deporte sólo el conflicto o sólo

\* El artículo es una versión resumida de un texto inédito del autor. Adaptación: C. Feixa

la solidaridad, la voluntad individual de potencia o la necesidad de solidaridad, el *show* meritocrático o el juego de la fortuna, el vitalismo que nos regenera o el inútil gasto de energía, la construcción de una realidad racional o un crisol de ilusiones irracionales... Éste y otros modelos interpretativos no dividen el mundo deportivo en grupos contrapuestos, sino que forman parte del imaginario común. Los jugadores y el público se refieren a ello constantemente. Están todos juntos en nuestra cabeza, para ser utilizados para dar sentido a las diversas situaciones que la efervescencia deportiva crea continuamente... El deporte constituye, pues, un comentario continuo sobre la vida y la experiencia cotidiana, porque tiene la capacidad de producir uniformidades (reglas que homologan) y diferencias en el sí de localizaciones definidas" (Padiglione, 1994).

b) El segundo indicador se puede identificar con la escasa credibilidad de los modelos evolutivos que intentan verificar en el deporte las transformaciones experimentadas por otros fenómenos sociales. Así, según Guttman (1978), el deporte se habría racionalizado y burocratizado. Me parece difícil admitir la generalidad de esta tendencia dado que, por ejemplo, los deportes que Pociello (1987) define como californianos (*free-climbing*, *surf*, *parapente*) mostrarían precisamente lo contrario: una creciente preferencia por prácticas individualistas y poco reguladas, la exaltación del riesgo y de la aventura en empresas que ofrecen no adversarios humanos como en una naturaleza imprevisible y hostil. En otro lado (1990) he intentado poner en evidencia hasta qué punto es ridícula la tesis de la secularización; "ante otras instituciones de la modernidad, el deporte se destaca como una de las que mantiene una tensión mágico-religiosa y ha visto la recuperación y la valoración de los rituales" (sobre la dimensión ritual del deporte ver Augé 1984; Bromberger 1984,



Way out. Paul Martin. Francia. Foto Sport 94.

1989; Dei 1992; Padiglione 1984, 1990, 1994).

Creo que se puede afirmar que los deportes se están multiplicando, pero en su difusión no siguen una sola dirección. No es cierto que sólo tengan éxito los deportes relacionados con el consumo y el espectáculo. Cada vez hay más prácticas deportivas, más o menos agonísticas, que tienen por escenario desiertos y montañas, lejos del clamor del público y del ojo de la televisión. Pienso, por ejemplo, en el alcance conseguido en los últimos decenios por las pruebas de *trekking* y *endurance*. Tampoco sería correcto imaginar un modelo cultural hegemónico referido sólo a los deportes californianos ecologistas, ya que también es fuerte la presencia de las artes marciales y de los juegos de equipo de difusión planetaria. En sustancia, el pueblo de los deportistas ha aumentado en desmesura, pero sus preferencias no son ni uniformes ni del todo previsibles. Todo esto nos tendría que llevar a abandonar la lógica de las tendencias evolutivas que cotidianamente descubren algunos sociólogos, con el fin de reconocer la copresencia de tendencias opuestas: una pluralización de las concepciones, de las prácticas y de las experiencias deportivas,

que ya no pueden ser consideradas y analizadas como un conjunto unitario sino como universos diferentes que reclaman aquellos ahondamientos particulares y esas metodologías específicas (como la etnografía) que se utilizan para abordar la alteridad cultural.

La misma sugestiva lectura histórico-psico-sociológica elaborada por Elias y Dunning (1992) presupone una homogeneidad que se encuentra lejos de haber sido verificada. Nos encontramos aún lejos de atribuir a los deportes en general una función catártica o un rol civilizador que debería hacer nuestros "impulsos" más dóciles que los de otras culturas. En lo que se refiere a la retórica de los estilos expresivos y a la elocuencia del cuerpo, deberíamos distinguir entre deportes calientes, que prevén la puesta en escena de emociones intensas y transparentes (la mirada desafiante del pugil), deportes tibios, que utilizan las emociones para subrayar los pasajes (la alegría del futbolista después de un gol), y deportes fríos, que en cada fase del juego imponen compostura y control emotivo (la máscara del jinete de *dressage*). Si bien no niego en principio validez a los procesos de abstracción, subrayo que en esta fase

de pluralización de las formas y las experiencias deportivas, las generalizaciones parecen improductivas: se corre el riesgo de considerar a los deportistas como un grupo ideológico en lugar de recordar que en la mayoría de los casos se es deportista sólo en la medida en que se haya optado por practicar un deporte determinado.

c) Con el tercer indicador querría señalar que no se ha verificado la anunciada desaparición de los deportes étnicos. Al contrario, continuamente observamos la recuperación de juegos populares, de competiciones tradicionales (por una referencia, en Italia, ver Dini & Magrini, 1966). Estos deportes conviven y se reproducen junto con deportes de difusión mundial. Cada vez son más numerosas las comunidades que reinventan tradiciones, recuperan juegos populares, carreras de beréberes, carrozas históricas, torneos y otros, pidiendo consejo al antropólogo —como me ha sucedido— para que identifique a posteriori los nexos filológicos con la cultura local. Los deportes particularistas no se contentan con su propio espacio marginal, no sobreviven en la resistencia o como simples supervivencias, sino que forman parte de identidades culturales agresivas, de conquista de hegemonía y universalidad. Ver el caso de la pelota vasca, que en las Olimpiadas de Barcelona estaba presente entre los deportes de demostración. Si en el futuro se volvieran a celebrar unas Olimpiadas en Roma, pienso que no serían pocos los juegos populares que pedirían ser promovidos al rango de deportes de demostración, por ejemplo, la *istrupa*, una antigua lucha entre pastores sardos que ha observado estos últimos años una recuperación sorprendente.

d) El cuarto indicador sería la gran variabilidad (regional, social, generacional) de una misma práctica y los sincretismos deportivos que se producen. Los deportes más populares difundidos mundialmente no son aceptados sin manipulación por parte de

aquellos que los utilizan localmente. Es muy conocido entre los antropólogos el caso del cricket jugado como si fuera una guerra simulada por parte de los trobriandeses (ver el sugerente film etnográfico *Trobriand Cricket: An Ingenious Response to Colonialism* y el comentario de Taussing, 1993). Me complace recordar los partidos de pelota de mi infancia, las interminables discusiones sobre las reglas del juego, reglas a veces improvisadas y negociadas en cada momento. Entre el juego de la pelota organizado por la federación y el practicado por los niños en la calle pueden haber significativas diferencias culturales que no hay que olvidar. Un deporte, si bien estructurado por reglas, valores y escenarios simbólicos, puede siempre ser manipulado de manera lúdica y consciente por parte de grupos sociales y realidades locales. De hecho, se puede crear un mundo coherente en sí mismo alternando, no la realidad, sino otro mundo inventado, otro juego (en este caso el fútbol oficial).

e) El quinto indicador subraya la existencia de mundos culturales diferentes que conviven bajo la misma etiqueta: una gran diferenciación (concepciones, saberes, prácticas, experiencias) en el seno de una misma disciplina. Una mirada cercana y etnográfica permite ver y evidenciar la pluralidad de prácticas con estilos y significados varios, por ejemplo en la cultura del caballo (cfr. Gianoli, 1981; Padiglione, 1984; Lawrence, 1982; Barclay, 1980). La terminología señala, por ejemplo, diferencias relevantes entre deportes ecuestres e hípica. Pero un examen detallado nos permite distinguir varias subdisciplinas: galope, *corse di provincia*, *caroselli storici*, trote, ataque, cacería del zorro, *volteggio*, *dessage*, polo, salto de obstáculos, *coss*, *endurance*, turismo ecuestre, rodeo, etc. Todas estas subdisciplinas deportivas referentes al caballo difieren significativamente sobre la base de los factores de variabilidad siguientes: instituciones im-

plicadas, marcos (ocasiones, reglas y contexto de ejercicio), pertenencia social de los deportistas, razas equinas implicadas, habilidad ecuestre reclamada al caballo y al jinete, coste de la práctica, argot, tradiciones y símbolos polarizantes, centralidad de la acción del jinete, del caballo o del binomio.

## Ejercicios sobre una definición

Para pensar en la creciente diferenciación en el seno del universo deportivo puede ser útil reflexionar sobre los problemas de la definición conceptual. Qué es el deporte, qué fenómenos hay que incluir y qué hay que excluir, es un problema que ocupa cotidianamente a los dirigentes deportivos y a la gente corriente. El hecho es que ya no resulta operativa la noción clásica de deporte como “competición física lúdica”. Sus tres elementos constitutivos (juego + competición + habilidad física) aparecen radicalmente alterados, dado que resulta aleatorio el débil nexo clasificatorio de una “apariencia de familia” (cfr. Blanchard & Cheska, 1986; De Sanctis, 1994). Si intentamos descomponer la definición de deporte que he propuesto en otro lugar (“Una actividad lúdica, basada en reglas, que presenta una estructura relacional de tipo competitivo que exige alguna forma de habilidad física”) debería resultar evidente que no consigue incluir la variedad de las formas y de las expresiones deportivas que la experiencia etnográfica pone hoy de manifiesto. Vamos por partes.

I. El deporte es una actividad lúdica, basada en reglas...

Cuando mi hijo tenía cinco años, lo inscribí en un cursillo de natación en una piscina de Roma. El no lo había pedido ni lo pasó muy bien, porque le obligaban durante toda una hora a recorrer el largo de la piscina, arriba y abajo, con el fin de aprender lo más rápido posible los diferentes estilos. Su madre y yo le habíamos impuesto

la natación porque pensábamos que sería bueno para su salud. ¿Hacía deporte, mi hijo Mario, nadando en aquella piscina? Su actividad no era ni voluntaria ni lúdica, y a su vez sería ridículo no calificarla de deportiva. Para entender qué es lo que ha sucedido, hay que tener en cuenta una nueva realidad. Los discursos, el compromiso personal, los placeres mismos de muchos deportistas se han desplazado del juego efectivo a los preliminares, a los duros entrenamientos. De esta manera, algunos deportes han experimentado una redefinición y otros han nacido dejando que el pabellón y el marco público, lugares de entrenamiento, se constituyeran en todo y para todo, en la escena deportiva.

Este hacerse trabajo de algunas prácticas deportivas se verifica en lo obsoleto de la distinción entre aficionado y profesional en muchos deportes, al tiempo que se difunden en ambientes lúdicos y metáforas deportivas en el mundo del trabajo y también en el campo científico, se recurre al juego y a sus formas de representar estrategias y complejidades de la vida cotidiana. Se puede añadir a esta “bella confusión categorial” que Geertz denomina “géneros confusos” una redefinición del deporte como obligación escolar, actividad necesaria y de socialización, práctica saludable, dietética, etc. De esta forma se lleva a cabo una pequeña revolución en el campo de las motivaciones que tiene que cumplir una actividad deportiva. Unas motivaciones como éstas no pueden aclararse evocando genéricamente a la atmósfera lúdica, con su aura de misterio y de insensatez, al placer intrínseco, autogenerativo, al predominio del valor expresivo respecto a aquel instrumental. La actividad lúdica ha perdido en el deporte su centralidad definidora, en su lucha se afirman una pluralidad de experimentaciones sociales y culturales que a nuestros ojos aparecen constitucionalmente débiles e híbridas sólo porque

son exteriores a la lógica de las interpretaciones corrientes.

Asimismo, me parece útil recordar que ha estallado recientemente en Italia una violenta polémica, seguida de muchas manifestaciones públicas. Algunos ambientalistas y animalistas, internos al mundo deportivo, han criticado al CONI (Comité Olímpico Nacional Italiano) por acoger la Federación de Caza, ofreciéndole una legitimidad cultural y moral de deporte así como sustanciosas subvenciones (unos diez millones de liras) provenientes del *totocalcio* (quinuela). Los ambientalistas dicen que la caza no es un juego, ni un deporte, porque en ella no hay esa actitud fundamental de respeto hacia el adversario que impone la ética y/o la etiqueta deportiva. “¡Decidle a la perdiz y al pato que lo importante es participar!”, repite un eslógan animalista. Hay que recordar que el deporte en Occidente (Mandel, 1986) se identificó durante mucho tiempo con las actividades de las prácticas venatorias (además de las ecuestres) que precisamente hoy corren el riesgo de ser excluidas porque ya no son idóneas. Es cierto que si ponemos la perdiz o el jabalí al nivel del adversario humano de una competición deportiva, sería difícil conseguir su consenso. A menos que recurramos a astucias como las de los griegos que salpicaban con agua al buho para que hiciese un gesto que se pudiera interpretar como consenso al sacrificio. Lo que quiero decir es que el problema del consenso y del respeto por el adversario no sólo afecta a los cazadores sino también a los jinetes y quizá también a muchos otros. De hecho, resulta difícil demostrar y quizá hasta imaginar que también el caballo montado se divierte. Radicalizando la actitud animalista se podría plantear rechazar todas las actividades deportivas en que se opera algún protagonismo manipulativo en ambientes naturales. No sólo pienso en la pesca, sino también en el alpinismo que puede molestar a los nidos de las

rapaces, como muchos ambientalistas han hecho notar polémicamente. Si además se tiene en cuenta que la *deep ecology* está elaborando una ética ambientalista en la que habría que atribuir derechos también a los factores abióticos, como las piedras, el viento y las montañas, se hace evidente que se está configurando un conflicto cultural entre prácticas, disciplinas y concepciones deportivas radicalmente diferentes.

II. El deporte es una actividad... que presenta una estructura relacional de tipo competitivo...

Leo en un número de 1994 de la revista *No Limits World*, dedicada a lo extremo, ejemplos de campeones que tienen la intención de desafiarlo todo y sobre todo a sí mismos:

“Hans Kammerlander, el sudtirolés que ha escalado todas las montañas del mundo y que ha subido cuatro veces durante un día al Cervino; Maurizio Zanolla, conocido como “Manolo”, que con la punta de sus dedos ha repetido en ascensión libre las vías más difíciles abiertas por escaladores con cuerdas y mosquetones y ha abierto nuevas vías, subiendo como un gato mágico sobre todos los monumentos de Italia; Umberto Polizzari y Francisco Pepín Ferreras Rodríguez, que desde hace años se persiguen ascendiendo siempre más profundo, hasta el abismo, con sólo el aire que pueden almacenar en sus pulmones; Bruno Peuyron, que con un catamarán a vela ha conseguido dar la vuelta al mundo en 79 días, uno menos que Phileas Fogg, protagonista de la célebre novela de Julio Verne.”

¿Cómo definir estos comportamientos como prácticas deportivas, ciertamente *sui generis*? No se puede negar que la competición está representada. Pero, ¿con quién se compite? ¿Dónde están las reglas a las que deben atenerse los adversarios? Notamos enseguida que las normas universalistas, las reglas de juego estables, conocidas por todo el mundo, no parecen preexistir a la acción, sino que son



autogeneradas de forma particularista mientras la acción se lleva a cabo. *Performances* deportivas autopoéticas, pues, que producen normas y localizaciones particulares imponiéndolos a eventuales contendientes futuros, sin disponer en su entorno de un aparato de técnicas y de dirigentes deportivos. Estos atletas de lo extremo, cuáqueros de la religión deportiva que odian las jerarquías y los ritos colectivos, proporcionan un bello desmentimiento a los que aseguran que la tendencia racionalizadora y burocrática es intrínseca al deporte moderno. Las prácticas deportivas parecen ejercitarse en una experimentación intensa y creativa, una redefinición de formas, de prioridades y significados. Nacen prácticas y concepciones del deporte basadas en la no competición y se alarga a desmesura la gama de la variabilidad del conflicto deportivo. Lo habíamos conocido cuando dramatizaba por simulación una forma de relación social concreta: el duelo (hombre vs mujer), la batalla (grupo vs grupo), la predación-caza (hombre vs animal). Hoy a este tipo de conflicto deportivo que perdura con éxito se unen otras formas de máxima extroflexión ecológica (el desafío de la aventura, contra el mundo y la naturaleza hostil) así como de máxima introflexión (el desafío a uno mismo, contra la propia imagen corporal). “Curiosamente, mientras las dimensiones del mundo se están reduciendo progresivamente gracias a la difusión de los transportes supersónicos y de las telecomunicaciones instantáneas, el individuo hace de sí mismo su propio campo de exploración. Allí donde se inicia el mundo finito, empieza la introspección de las sensaciones-límite, el ejercicio práctico de una intensidad que se parece al antiguo nihilismo y a la ingestión de alucinógenos... Confundir, identificar el propio cuerpo individual de una persona con el mundo propio de su hábitat, más todavía, hacer coincidir el hábito y el hábitat, he aquí el exceso de los que

van a la búsqueda de una comunicación total... como si la simulación de vuelo llevara, como el vuelo real de los deportes extremos, a una misma caída del cuerpo, una caída a vista, como en ciertas vertiginosas pesadillas en que no se para de precipitarse” (Virilio, 1991).

Además de la combinación Yo-Mundo, que se da en los deportes extremos, ecológicos y californianos, existen también prácticas deportivas en que se presenta, con el objetivo principal y explícito de todo compromiso agonístico, la localización y resolución de un conflicto intrapsíquico y psicosomático. Es el caso de tantos deportes técnico-combinatorios, estéticos o por discapacidades, en que se acentúa el valor del *trainnig* ante el valor de los resultados agonísticos. Este hacer visible y explicable mediante saberes y técnicas una desarmonía interna, una decepción psicológica o psicosomática, un conflicto dramatizado, representable sobre todo bajo formas de competición, tiene importantes consecuencias en el plano de las mentalidades y, claramente, incrementa de forma relevante las formas de competir pluralizando las motivaciones y las reinterpretaciones posibles de la práctica deportiva (por otro lado se hace evidente la dirección psicoterapéutica).

Pero los muchos casos de introflexión del conflicto deportivo no deben hacernos creer que esta orientación constituye hoy por hoy una tendencia hegemónica. Representa en realidad uno de tantos frentes de expansión de la competición deportiva que se ha dilatado hacia todas las direcciones dramatizando saberes y técnicas antiguas y modernas. Ahora mismo, parece difícil encontrar un campo de actividad humana que no se represente bajo la forma de competición con premio. Un escenario tan diversificado corre claramente el riesgo de hacer desaparecer el sentido unitario y específico del conflicto deportivo. Es un ejemplo la vicisitud que está atra-

vesando la misma idea de récord. El punto de mira del deporte moderno (Guttmann, 1978), si por un lado el récord mantiene todo su esplendor identificando el máximo éxito deseable en tanto que sublimación del adversario, tiene que resistir, por otro lado, continuos ataques a su credibilidad. La noción de récord, entendida como un avance global, participa originalmente de una idea líneal, unívoca y progresiva de la historia, identifica una mejora deportiva. Pero cuando observamos la multiplicación de las disciplinas deportivas y su combinación en soluciones infinitas que exaltan pequeñas diferencias o conexiones, la historia de los récords deportivos se parece cada vez más al libro *Guinness* de los récords, donde sólo hace falta tener una buena idea y perseguirla con pasión hasta quedar inmortalizado (Mandel, 1986).

De esta forma atletas y dirigentes deportivos, aunque sean portadores de una historia líneal y progresiva, en realidad truncan cada vez las cartas al multiplicar en desmedida las ocasiones y las reglas de producción de récords; mientras proceden con la acostumbrada ceremonialidad, se rodean de aventureros y *clowns* del deporte (como los atletas de lo extremo) que implícitamente se ríen de ellos, haciéndose portadores de un mundo extravagante y de una historia del todo relativista. La escena deportiva queda fatalmente ambigua, corre el peligro de confundirse con la transmisión de diversiones (ver las competiciones más raras que se retransmiten por televisión). Los atletas de lo extremo, con sus números originales y especializados, cuyas proezas aparecen tan enfatizadas por los periódicos, ¿no nos recuerdan los mejores artistas de circo? (cfr. Padiglione, 1986). Recuerdo haber leído sobre *Il Manifesto* un comentario de Massimo De Feo que criticaba la expulsión de Ben Johnson, indicando con sagaz ironía que “a un acróbata o a la mujer cañón, no se le hace el antidoping”.

III. El deporte es una actividad... que requiere alguna forma de habilidad física. Aún hay una seguridad en la definición del deporte. Esta actividad puede no ser competitiva, puede ser ambigua en lo que se refiere a su valor lúdico, pero ciertamente tiene que mostrar una cierta eficacia en el movimiento, una cierta habilidad en el gesto. Pero hasta en este eje nuestra idea de deporte está sometida a tensiones. De esto tuve una percepción improvisada hace algunos meses en la Escuela del Deporte, cuando supe que entre las federaciones deportivas nacionales asociadas con el CONI hay algunas que agrupan a los aficionados a las damas y al *bridge*. Pero, ¿el *bridge* es un deporte? Al menos lo es para el CONI. Las razones podrían ser con probabilidad de orden práctico como sucede a menudo en Italia. Pero confirma el hecho de que esta definición de deporte se hunde por todos lados o bien es el resultado de una continua negociación social que modela y destaca su carácter. Si las damas y el *bridge* han entrado en el CONI, pronto los aficionados a otros juegos sedentarios de estrategia se reunirán en federaciones y pedirán ser aceptados. Será interesante verificar si de hecho adquirirán la etiqueta de deporte también aquellas competiciones cuya acción está fuertemente (explícitamente) mediada por el pensamiento: ¿el gesto concreto que sigue a los movimientos de dados o de cartas, también preciso y refinado, vive en los límites del interés lúdico en tanto que no parecería tener el poder de alterar los puntos? Se podría pensar que hoy existen las condiciones para que se atenúe aquella neta distinción entre juegos de habilidad física y juegos de estrategia intelectual; oposición que se alimentaba entre otras polaridades contrastantes, como mente-cuerpo, intelectualidad-fisicidad, acción-pensamiento, etc., tan queridas al movimiento deportivo que profesaba la desculturali-

zación, la desimbolización del gesto, que admitía en boca de De Coubertin que el deporte era el "arte de producir el puro sangre humano". Hoy en día estas dicotomías y quizá también estas posiciones parecen en crisis. Se trabaja más para reducir los nexos que para enfatizar las contraposiciones.

## Conclusión

De estas exploraciones provisionales sobre los problemas crecientes que pone la definición del deporte, me parece que emerge una evidencia. Los tres componentes de base (juego, competición, habilidad física) identifican nociones que reclaman necesarias historicizaciones. De hecho han sido objeto de una intensa experimentación que ha enriquecido y transformado su campo semántico. La misma noción de deporte, que requería la presencia simultánea de estos tres componentes, ha sido deconstruida, por lo cual ya no es posible ni suficiente referirse a uno o dos componentes para legitimar una práctica como deportiva, en el sentido de que los "parecidos de familia" presuponen que haya un acuerdo sustancial sobre qué es competición o sobre la centralidad de la habilidad física. Esta deconstrucción es acto reflejo y al mismo tiempo estimula la creciente heterogeneidad interna del fenómeno deportivo. En la perspectiva antropológica, me parece evidente un primer efecto: los deportes occidentales, al cabo de un siglo de hegemonía, tienden a perder esa rigidez definitoria, aquella peculiaridad o excelencia que los hacían poco comparables con los juegos populares y con otras competiciones tradicionales. El nuevo escenario, tan rico en diferencias, será seguramente más apto para la investigación etnográfica y para la comparación antropológica.

## Bibliografía

- AUGE, Marc (1983) "Il calcio e la follia", in *Prometeo*, feb-april: 46-53.
- BARCLAY, H.B. (1980) *The Role of the Horse in Man's Culture*, Londeon, Allen.
- BLANCHARD, Kendall; CHESKA, Alyce (1986) *Antropología del deporte*, Bellaterra, Barcelona.
- BLOMBERGER, C.; HAYOT, A.; MARIOTTINI, J.M., "Allez l'O.M.! Forza Juve! La passion pour le football à Marseille et à Tourin", in *Terrain*, 8.
- BLOMBERGER, Claude (1989) "Pour une ethnologie du spectacle sportif", in MICHON B., ed., *Sports et Sciences Sociales*, Strasbourg.
- DAL LAGO, A. (1991) *Descrizione di una battaglia. I rituali del calcio*, Il Mulino, Bologna.
- DEI, F. (1992) "Calcio: una prospettiva antropologica", in *Ossimori*, sett., 1: 7-31.
- DE SANCTIS, P. (1994) *Antropologia e Gioco*, Liguori, Napoli.
- DINI, V.; MAGRINI, F. (1966) *Gli antichi sport e giochi popolari nel folklore delle manifestazioni italiane*, Civitas Aretii, Arezzo.
- ELIAS, N.; DUNNING, E. (1992) *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, FCE, México [1987].
- ENRILE, E., Ed. (1977) *Dizionario dello sport*, Paoline, Milano.
- GIANOLI, L. (1981) *Il cavallo e l'uomo*, Longanesi, Milano.
- GUTTMANN, Alan (1978) *From Ritual to Record. The Nature of Modern Sports*, Columbia University Press, New York.
- HOBERMAN, J.M. (1988) *Politica e sport*, Il Mulino, Bologna.
- LAWRENCE, E.A. (1982) *Rodeo. An Anthropologist Look at the Wild and the Tame*, The University of Tennessee Press, Knoxville.
- MANDELL, Richard D. (1986) *Historia cultural del deporte*, Bellaterra, Barcelona.
- PADIGLIONE, V.; CANEVACCI, M.; PANUNZIO, M., eds., (1984) *Lo sport tra natura e cultura. La costruzione sociale dell'aggressività, della competizione e della solidarietà nello sport*, Guida, Napoli.
- PADIGLIONE, Vincenzo, Ed. (1986) *Gente del Circo. Bestiari ed altra umanità*, Armando Armando, Roma.
- PADIGLIONE, Vincenzo (1990) "Dell'effervescenza cognitiva", *Scuola dello Sport*, 20: 32-38.
- PADIGLIONE, Vincenzo (1994) "Antropologia de l'esport", *Quaderns de l'ICA*, 1, Barcelona: 85-97.
- POCIELLO, C. (1987) "Un nouvel esprit d'aventure: de l'écologie douce à l'écologie dure", *Esprit*, 125: 95-105.
- TAUSSING, M. (1993) *Mimesis and Alterity: A particular History of the Senses*, Routledge, New York.
- VIRILIO, P. (1991) "La moda degli sport suicidi", *Leggere*, 33: 5-8.